

Bacalao al pil-pil De Mar Rojo Delgado

La ceniza de mi cigarrillo cae sobre la ropa blanca de mi vecina. No está en casa; es lunes y trabaja toda la semana. Cuando llegue esta tarde pondrá el grito en el cielo; pero no me asomaré. Puede despotricar todo lo que quiera. Yo no me quejo cuando se queda hasta las tantas de la madrugada charlando y riendo con sus amigos.

Es el cuarto cigarrillo que me fumo esta mañana. Marcelo tiene hoy una reunión importante; lleva unos días que apenas me habla. Quiero prepararle un buen bacalao al pil-pil, como a él le gusta.

Tiro la colilla al patio interior. Los ajos y la guindilla se doran en el aceite caliente. Seco bien el bacalao y lo meto en la sartén, apartándome un poco por si salpica. Una vez me quemé el dorso de la mano y me salió una ampolla enorme. Marcelo me dijo que soy muy torpe, y tiene toda la razón.

Muevo el pescado de vez en cuando para que vaya soltando su gelatina. Recuerdo un día, hace ya muchos años; estábamos recién casados. Era la primera vez que preparaba bacalao al pil-pil. Quería impresionar a mi marido. Él se sentó muy serio delante del plato y lo estudió con los ojos entrecerrados. Tenía las comisuras de los labios ligeramente curvadas hacia abajo. Con lenta ceremonia, cogió el tenedor y lo pinchó en el pescado. Se lo llevó a la boca y lo masticó durante un rato que me pareció eterno. «Está bueno, Pili», me dijo mirándome a los ojos. Y yo me sentí tan feliz por su mirada, por el diminutivo, por todo, que me dio un vahído y tuve que sentarme.

Mientras pienso en esto, retiro la sartén del fuego y aparto el pescado en un plato limpio. Dejo que el aceite baje de temperatura y que la gelatina vaya depositándose en el fondo. Después, la emulsiono con el aceite con ayuda de unas varillas. Lo hago con delicadeza, si no, el resultado será defectuoso; como aquella vez que se me quemó el arroz por estar demasiado pendiente de la telenovela y Marcelo me tiró el plato a la cara. Al principio me enfadé y lloré de rabia, pero él me dijo que no debía ser tan orgullosa, que me lo decía por mi bien. Y tenía razón. Cuando se hace algo, para hacerlo bien, hay que estar pendiente de eso y nada más. Mi padre también se lo decía a mi madre siempre.

Solo falta calentar los trozos de bacalao, pero antes los pruebo para ver si están bien de sal. Me llevo un trozo pequeño a la boca y cierro los ojos para saborearlo mejor. ¡No me lo puedo creer! ¡Está salado! Me mareo. Compré el bacalao desalado, y lo he dejado bastante tiempo en remojo, por si acaso. Intento tranquilizarme. Tal vez sea solo este trocito. Se me

cae el tenedor al suelo. Me acerco al cajón de los cubiertos frotándome las manos con movimientos frenéticos en el delantal. Estoy tan nerviosa, que al abrir el cajón lo tiro todo al suelo. ¡Mierda! No valgo para nada. Agarro un tenedor del montón que yace desparramado a mis pies y cojo otro pedazo de bacalao del lado opuesto del plato. ¡Saladísimo! Aún más salado que el trozo anterior.

Rápido, tengo que pensar algo, porque él está al llegar. Estoy paralizada. Saco la cajetilla de cigarrillos del bolsillo del delantal y cojo uno. Me tiemblan las manos. Lo enciendo con dificultad. A Marcelo no le gusta que fume. Cuando llegue, olisqueará el aire como un sabueso y me mirará con reprobación.

Tiro el cigarro a medio consumir por la ventana. Tengo que apoyarme en la encimera para no caerme al suelo. Huele a tabaco, seguro; él lo olerá. Toso de forma convulsa. Me agacho y recojo los cubiertos. Respiro profundamente, pero el mareo no se va. Me levanto como una autómatas y cojo el plato con el pescado. Lo meto en el microondas lo justo para calentarlo. Lo saco y le echo por encima la salsa gelatinosa y los ajos. Ahora el olor me da náuseas.

«Está salado, Pilar», me dirá, implacable; sin mirarme a los ojos. Y luego me tirará el plato a la cara, o encenderá un cigarrillo y me lo quemará en el brazo, o me dará un revés que me partirá el labio, como quien aparta una mosca de un manotazo.

Suena el timbre. El impertinente sonido me sobresalta. Abro la puerta con las manos temblorosas.

Él sube las escaleras con lentitud exasperante. ¿Por qué no habrá cogido el ascensor? Yo no hago más que dar vueltas alrededor de la mesa, doblando y desdoblando las servilletas, cuidando de que todo sea perfecto.

Marcelo acaba de entrar. Suelta el maletín junto a la puerta y resopla.

«El ascensor está estropeado», dice por todo saludo.

Va a lavarse las manos. Lo escucho silbar desde la cocina. No parece estar de mal humor. Después se sienta en su sitio de siempre. Yo espero de pie, a su lado, y le sirvo el pescado. Contengo la respiración. Él coge el tenedor y empieza a comer. Sigo esperando, con el corazón encogido. Echo el cuerpo hacia atrás instintivamente. Pero él sigue comiendo con tranquilidad, un trozo después de otro; sin decir nada. Y a mí se me aflojan las piernas, me arden las mejillas.

Me siento y contengo las ganas de llorar de alegría.

Tal vez el bacalao no esté salado, después de todo.